

XVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

MONICIÓN INICIAL

Cada domingo, en la Eucaristía, nos alimentamos de la Palabra que se ha hecho carne para la vida del mundo y del Cuerpo y la Sangre del Señor entregados para el perdón de nuestros pecados. Hoy proclamaremos que Jesús es el pan de la vida que sacia nuestra hambre para siempre. Jesús es el manantial de agua que sacia nuestra sed para siempre. Dispongámonos ante Jesús con fe, amor y confianza. Él nos acoge con bondad y misericordia. Dejémonos encontrar. Consintamos con gozo que el Señor, el Buen Pastor, nos tome en sus manos y nos abrace en su regazo.

LECTURAS

Lectura del libro del Éxodo 16, 2-4. 12-15

Sal 77, 3. 4b. 23-24. 25 y 54.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 4, 17. 20-24.

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 24-35.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Padre, Tú sabes que nos sentimos débiles ante las dificultades que el mundo nos presenta. Así, pues, te pedimos: SEÑOR, DANOS TU FORTALEZA.

—Por la Iglesia, para que, renovada por la fuerza del Espíritu Santo, permanezca fiel a la Palabra de Jesús y sepa anunciarla con alegría a nuestro mundo. Oremos.

—Por los gobernantes de las naciones, para que sus leyes no se opongan a la Ley de Dios y procuren siempre el verdadero bienestar de sus pueblos. Oremos.

—Por los que pueden permitirse unos días de vacaciones, para que, en este tiempo de descanso, descubran en su interior la voz de Dios que los llama. Oremos.

—Por las personas que carecen de hogar y sufren sin cobijo la inclemencia de las temperaturas veraniegas. Oremos.

—Por Cáritas Diocesana y las Cáritas parroquiales, para que con su trabajo ofrezcan sus servicios de ayuda a los más vulnerables y necesitados. Oremos.

—Por nosotros, para que, al salir de la Eucaristía, proclamemos con nuestra vida la salvación que Cristo nos trajo, siendo como Jesús «pan partido» para el mundo. Oremos.

Padre, atiende estas plegarias que te presentamos implorando tu misericordia y pidiendo tu salvación. Te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

MENSAJE PARA ANTES DE LA COLECTA

Hoy, domingo de Cáritas, Jesús se ofrece como alimento de nuestra vida y nos enseña que, junto al alimento material, existe un alimento que nos transforma en criaturas nuevas y nos conduce a la vida eterna: el Pan de la Palabra y de la Eucaristía. Pero el Señor también nos recuerda que sin comer no podemos subsistir, se preocupa de los hambrientos que no reciben de los ricos ni las migajas de sus mesas y nos enseña a sus seguidores a pedir al Padre nuestro pan de cada día. La colecta de hoy está destinada a la labor de Cáritas. Seamos especialmente generosos, porque a través de ella compartiremos nuestro pan con muchas personas que carecen de él.

REFLEXIÓN

En estos últimos domingos, la liturgia nos ha mostrado la imagen cargada de ternura de Jesús que va al encuentro de la multitud y de sus necesidades. En el pasaje evangélico de hoy (cf. Juan 6, 24-35) la perspectiva cambia: es la multitud, hambrienta de Jesús, quien se pone nuevamente a buscarle, va al encuentro de Jesús. Pero a Jesús no le basta que la gente lo busque, quiere que la gente lo conozca; quiere que la búsqueda de Él y el encuentro con Él vayan más allá de la satisfacción inmediata de las necesidades materiales.

Jesús ha venido a traernos algo más, a abrir nuestra existencia a un horizonte más amplio respecto a las preocupaciones cotidianas del nutrirse, del vestirse, de la carrera, etc. Por eso, dirigido a la multitud, exclama: «Vosotros me buscáis, no

porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado» (v. 26).

Así estimula a la gente a dar un paso adelante, a preguntarse sobre el significado del milagro, y no solo a aprovecharse. De hecho, la multiplicación de los panes y de los peces es un signo del gran don que el Padre ha hecho a la humanidad y que es Jesús mismo!

Él, verdadero «pan de la vida» (v. 35), quiere saciar no solamente los cuerpos sino también las almas, dando el alimento espiritual que puede satisfacer el hambre profunda. Por esto invita a la multitud a procurarse no la comida que no dura, sino esa que permanece para la vida eterna (cf. v. 27). Se trata de un alimento que Jesús nos dona cada día: su Palabra, su Cuerpo, su Sangre.

La multitud escucha la invitación del Señor, pero no comprende el sentido — como nos sucede muchas veces también a nosotros— y le preguntan: «¿qué hemos de hacer para llevar a cabo las obras de Dios?» (v. 28).

Los que escuchan a Jesús piensan que Él les pide cumplir los preceptos para obtener otros milagros como ese de la multiplicación de los panes. Es una tentación común, esta, de reducir la religión solo a la práctica de las leyes, proyectando sobre nuestra relación con Dios la imagen de la relación entre los siervos y su amo: los siervos deben cumplir las tareas que el amo les ha asignado, para tener su benevolencia. Esto lo sabemos todos.

Por eso la multitud quiere saber de Jesús qué acciones debe hacer para contentar a Dios. Pero Jesús da una respuesta inesperada: «La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado» (v. 29). Estas palabras están dirigidas, hoy, también a nosotros: la obra de Dios no consiste tanto en el «hacer» cosas, sino en el «creer» en Aquel que Él ha mandado. Esto significa que la fe en Jesús nos permite cumplir las obras de Dios. Si nos dejamos implicar en esta relación de amor y de confianza con Jesús, seremos capaces de realizar buenas obras que perfumen a Evangelio, por el bien y las necesidades de los hermanos.

El Señor nos invita a no olvidar que, si es necesario preocuparse por el pan, todavía más importante es cultivar la relación con Él, reforzar nuestra fe en Él que es el «pan de la vida», venido para saciar nuestra hambre de verdad, nuestra hambre de justicia, nuestra hambre de amor.

*Mensaje del Santo Padre Francisco
en el rezo del Ángelus del 5 de agosto de 2018*